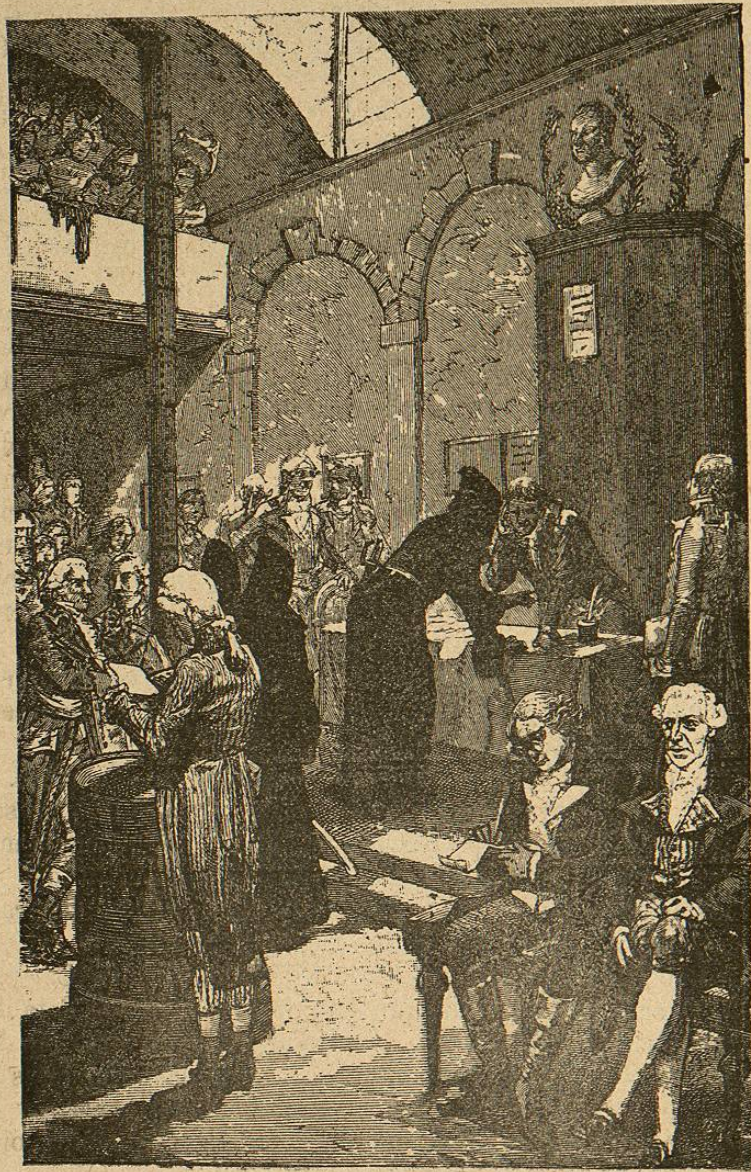


so abad de Saint-Waast, al cual pertenecía casi la tercera parte de la ciudad. El obispo había conservado el derecho señorial de nombrar los



La vigilancia mutua, la censura pública, hasta la delación oculta... (Pág. 452).

jueces en la audiencia de lo criminal. Hoy mismo su inmenso palacio hace sombra á la mitad de Arras. Calles con nombres expresivos que recuerdan una vida de trampas curialescas se enroscan húmedas,

tristes, bajo los muros de este palacio; calle del Consejo, calle de los Relatores, etc. En esta última, la más sombría y triste, en una casa muy decente, de honrada burguesía, era donde vivía y trabajaba día y noche escribiendo un abogado del consejo de Artois, laborioso y honrado, que fué el padre de Robespierre en 1758.

No era rico más que en estima pública y en honor doméstico; habiendo tenido la desgracia de perder á su mujer, su vida quedó destrozada. Cayó en una inconsolable tristeza, y quedando incapaz para los negocios, cesó de abogar. Le aconsejaron que viajara. Partió y no dió noticias de su paradero; siempre se ha ignorado lo que había sido de él.

Cuatro niños quedaron abandonados en esta gran casa desierta. El mayor, Maximiliano, se encontró á los diez ú once años jefe de la familia, tutor en cierto modo de su hermano y de sus dos hermanas. Su carácter cambió de pronto por completo, llegó á ser lo que luego fué siempre, un hombre muy serio; su cara podía sonreír; una especie de falsa sonrisa llegó á ser más tarde su expresión habitual, pero su corazón no rió ya jamás. Tan joven, se encontró de pronto padre, maestro, director de la pequeña familia que había de mantener.

Este hombrecito, tan maduro, era el mejor discípulo del colegio de Arras. Para tan excelente muchacho se obtuvo sin dificultad del abad de Saint-Waast, una de las becas de que se disponía en el colegio de Luis el Grande. Llegó, pues, solo á París separado de sus hermanos y hermanas, sin otra recomendación que una para un canónigo de Nuestra Señora, con quien se relacionó en seguida. Al mismo tiempo recibió la noticia de haber muerto una de sus hermanas, la más joven y la más querida.

Entre estos grandes muros sombríos de Luis el Grande, ennegrecidos por la sombra de los jesuítas, en los claustros profundos á donde el sol sólo bajaba de tarde en tarde, el huérfano se paseaba solo, teniendo apenas relación con la juventud alegre y feliz. Los otros alumnos, que tenían parientes y que en las vacaciones respiraban el aire de la familia y del mundo, sentían menos el ambiente penoso de esta educación triste, que agosta el alma en flor, que la quema con su aridez. Esta educación mordió profundamente en el alma de Robespierre.

Huérfano y pensionado sin protección, le era preciso protegerse á sí mismo por su mérito, por sus esfuerzos, por una conducta excelente. A un alumno pensionado se le exige siempre más que á los otros. El primer lugar en las clases y los premios, que son la corona de los otros alumnos, resultan como un tributo del pensionado, un pago que forzosamente ha de hacer á sus protectores. Posición humilde, triste y dura, que si influyó en el alma de Robespierre, no alteró en cambio el carácter de Camilo Desmoulins, que también fué pensionista gratuito en el mismo colegio. Desmoulins era más joven; Danton tenía próximamente la misma edad que Robespierre; todos asistían á las mismas clases.

Siete ú ocho años pasaron de este modo para Robespierre. Después

estudió el derecho como todo el mundo y entró á trabajar en el estudio de un procurador. Se distinguió poco en la curia. Aunque razonador y lógico por naturaleza, era amigo de abstracciones metafísicas y no pudo acostumbrarse nunca á la sofística de la abogacía y á las sutilidades de los pleitistas. Nutrido de Rousseau, de Mably y otros filósofos de la época, no descendía voluntariamente á las generalidades de la vida vulgar. Por esto le fué preciso regresar á Arras para seguir la vida tranquila de provincia. Como era laureado del Colegio de Luis el Grande, fué muy bien recibido por la sociedad de Arras y obtuvo algún éxito en los salones como cultivador de la literatura académica.

La Academia de los *Rosati*, que en sus certámenes poéticos daba rosas como premio á los versos, admitió en su seno á Robespierre. Este rimaba como pudiera hacerlo cualquier otro, con meticolosa corrección, pero sin grandeza poética. Escribió un elogio á Gresset y obtuvo un accésit: después produjo otro trabajo sobre un tema más grave, la responsabilidad moral del crimen y su influencia sobre los parientes del criminal. Todo esto escrito en estilo amanerado é impregnado de un sentimentalismo pastoral. El joven escritor despertó una tierna impresión en una señorita de Arras, hermosa y sentimental. La joven le juró casarse con él ó permanecer siempre soltera (1). Al regresar Robespierre de un viaje la encontró casada.

El clero, que naturalmente se encontraba orgulloso de haber protegido y pensionado á un alumno tan laborioso, conservaba con él muy buenas relaciones. Por esto Robespierre obtuvo del abad de Saint-Waast que concediera á su hermano menor la misma beca que había disfrutado él en el colegio de San Luis el Grande. El obispo le nombró miembro del tribunal de lo criminal; pero viéndose un día Robespierre obligado á condenar á muerte á un asesino, sintióse afectado tan profundamente, según aseguró su hermana, que presentó la dimisión.

En vísperas de la Revolución Robespierre supo oportunamente abandonar el odioso oficio de juez del antiguo régimen nombrado por los sacerdotes. Se dedicó al ejercicio de la abogacía. Era muy acertado poner de acuerdo sus opiniones con sus medios de vida y esperar, aunque ganase poco ó nada. Aunque su situación económica resultaba angustiosa y vivía en la pobreza, guiábase en su profesión por los escrúpulos de conciencia y no aceptaba todos los clientes: escogía las causas y sólo defendía aquellas que consideraba justas. Su situación fué muy embarazosa una vez que una comisión de campesinos le visitó para pedirle que defendiera sus derechos en un pleito contra el obispo de Arras, su antiguo protector. Robespierre examinó el derecho que alegaban los campesinos y lo encontró indiscutible: es indudable que en aquella época

(1) De ella indudablemente habla la inscripción del primer retrato que se conoce de Robespierre. En él aparece muy joven, muy compuesto y hasta afeminado, con una rosa en una mano y la otra mano sobre el corazón. Bajo del retrato una inscripción que dice: «Todo por mi amiga.»

ningún otro abogado se hubiera atrevido á discutir los intereses del obispo, que era el verdadero rey de la ciudad. Robespierre, que consideraba la abogacía como un sacerdocio de la verdad, puso sus conveniencias particulares, sus sentimientos y su agradecimiento á los pies de la justicia, y sin petulancia, con la calma del que cumple un deber, habló en el tribunal contra su antiguo protector. Ningún país más propio que el Artois para formar amigos ardientes de la libertad, por lo mismo que ninguno había sufrido tanto las consecuencias de la tiranía clerical y feudal. La tierra cultivable estaba toda en manos de señores-nobles y señores-eclesiásticos. La autoridad popular reducíase en todo el Artois á una veintena de alcaldes que eran nombrados por los señores. Estos, entre los que figuraban los Latour-Maubourg, los D' Estournel, los Lameth, etc., tenían la administración pública fija en sus manos como un bien hereditario. Administración admirable y rara por sus progresos dentro del absurdo. Al principio todo poseedor de un feudo tenía voz en las decisiones de esta administración; después exigieron los señores que sólo pudieran intervenir en ella los que tuvieran en su escudo cuatro cuarteles de nobleza; luego fueron necesarios siete cuarteles, y en vísperas de la Revolución sólo se contentaban los señores con que los intereses públicos estuvieran únicamente en manos de los que ostentaran diez cuarteles de nobleza.

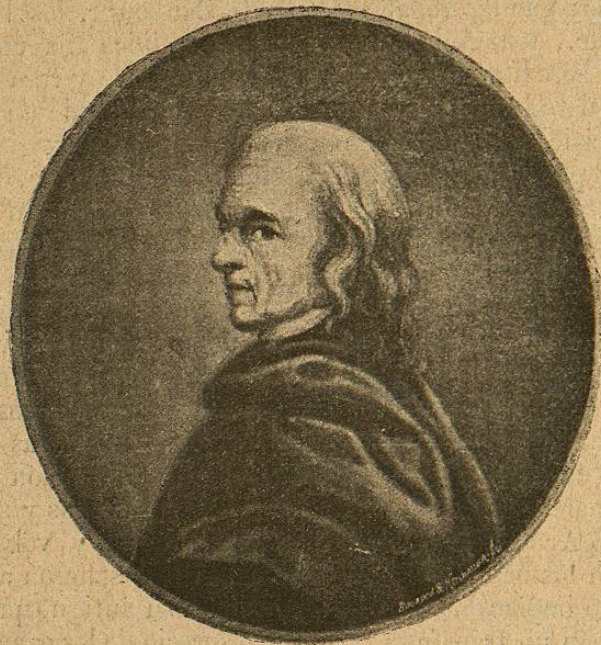
No hay, pues, que admirarse de que al enviar esta provincia, eminentemente retrógrada, un rígido partidario de las ideas nuevas á los Estados generales, este hombre, que era Robespierre, acostumbrado á luchar de frente con terribles enemigos, ignorase las líneas curvas para combatir, sólo conociese la recta y aportase á la Revolución una especie de espíritu geométrico, siendo él su escuadra, su compás y su nivel.

Abandonó Arras al ser nombrado representante y volvió á encontrar á Arras en los bancos de la Asamblea. Allí le salieron al encuentro otra vez el odio implacable de los prelados por su antiguo protegido, al que consideraban un tráfuga, y el menosprecio de los grandes señores de Artois hacia un abogadillo educado por caridad y que sin embargo venía á sentarse al lado de ellos. Esta malevolencia, bien marcada, aumentó aún más la timidez natural de aquel debutante en la Asamblea. Según testimonio de Esteban Dumont, cuando Robespierre subió por primera vez á la tribuna de la Asamblea, temblaba como la hoja en el árbol. Más familiarizado después con el auditorio, adquirió cierto aplomo. Cuando el clero en Mayo del 89 fué pérfidamente á rogar á la Asamblea que tuviera piedad del pobre pueblo y comenzara pronto sus trabajos, Robespierre contestó á la comisión de obispos y abates con agria vehemencia, y se vió sostenido por la aprobación de toda la Asamblea, pues siguiendo el arrebató de su pasión, estuvo muy elocuente.

La noche del 4 de Agosto estuvo ausente de la Asamblea, y desolado de haber perdido una tan bella ocasión, se aprovechó ávidamente de las peligrosas circunstancias del 5 de Octubre. Cuando Maillard, el

orador de las mujeres de París, se presentó en la barra para arengar á la Asamblea, todos los diputados mostráronse hostiles y mudos, pero Robespierre se levantó por dos veces para apoyar á Maillard del pueblo de París amotinado.

Grave iniciativa que decidió de su suerte, designando á este diputado tímido como infinitamente audaz y peligroso; mostrando á sus amigos sobre todo que un hombre así no se comprometería con ellos ni seguiría dócilmente la disciplina del partido. En venganza, se convino entonces entre los diputados jacobinos nobles que este ambicioso se



Choderlos de Laclos.

haría el hombre ridículo de la Asamblea, el que debía divertir á todo el mundo sin distinción de partidos.

En los momentos de fastidio de las grandes Asambleas siempre hay alguno que es inmolado á la diversión de todos, á pesar de que muchas veces este víctima no es de los menos razonables. En estos momentos de irrisión los enemigos más implacables se aproximan riendo juntos y la concordia resucita por un instante: no hay ya más que un enemigo; la víctima en la que se ceban las burlas.

Para poner á un hombre en ridículo hay un procedimiento muy sencillo; que *sus amigos* sonrían cuando él hable. Los hombres son generalmente tan ligeros, tan fáciles de alborozar, tan cobardemente imi-

tadores, que una sonrisa del lado izquierdo de la Asamblea de los Barnave ó de los Lameth cuando hablaba Robespierre bastaba infalible-



«Sólo podréis elegir á los ricos...» (Pág. 473).

mente para provocar la risa de todos los diputados. Sólo un hombre parece que no tomó parte alguna en estas indignidades; el hombre verdaderamente fuerte: Mirabeau. El respondió siempre seriamente y con deferencia á este adversario débil ante su gran poder, respetando en él